

tible ardor por el estudio, de sus entusiasmos por todas las tareas del pensamiento y de su ilustrada devoción por las letras. Cuantas veces nuestra animosidad juvenil nos ha llevado a dignificar, dentro de la modesta extensión de nuestros alcances, los nobles empeños del arte y de la inteligencia, hemos encontrado en él una voz de aliento y un signo de aprobación.

De mí sé decir que mi respetuosa admiración por el doctor no se diferencia de la que tenían los judíos de la leyenda por el Cid Campeador. No sólo creo que don Valeriano puede alternar con ventaja en los debates actuales sobre educación, sino que es

capaz también de ganar batallas después de muerto. Alguna vez volveremos a tomar el camino que él nos ha señalado con latín y griego y todo lo demás.

El domingo próximo, una linda señorita, por encargo del país, va a ilustrar con una medalla de oro la académica levita del viejo educacionista. Van a decirle también dos hermosos discursos y tendrá que sufrir además una lluvia de felicitaciones y agasajos. Dios lo proteja de los cariños populares y ojalá pueda estar el lunes otra vez entre sus libros tan queridos.

Hagámosle pronto silencio para que siga leyendo.

La reina Godiva

Una de las más hermosas leyendas de Inglaterra será la parábola magnífica que explique nuestro intento: La ciudad de Coventry hacía tiempo venía sufriendo el peso de ominosas contribuciones. El rumor del descontento general, el clamor de la multitud expoliada, traspuso un día las puertas del Palacio del Conde Leofric, dueño, tirano, señor de aquel feudo. Lady Godiva, la dulce y bondadosa compañera de aquel caballero de hierro, intercedió al cabo por los pobres y desalentados trabajadores de Coventry. Era preciso reducir los impuestos. La intercesora compasiva puso en la súplica todo el suave halago de sus labios y toda la persuasiva caricia de sus ojos, pero el duro Leofric no quiso acceder sino a condición de que la honesta Lady saliera desnuda, a caballo por la ciudad. Godiva no titubeó ante tan extraño capricho, y despojándose de sus vestidos, salió a cum-

plir su compromiso, desnuda y espléndida, sin más adorno que su linda cabellera de oro, tratando de cubrir sus senos de diosa con sus manos pequeñas de pastora. Los vecinos de Coventry, según parece, le hicieron el sacrificio de su curiosidad, sacrificio enorme sólo comparable a la belleza que sus ojos se negaron a ver. Todos cerraron a la visión tentadora las ventanas de sus casas.

Pues bien, la Verdad es la buena reina Godiva, intercesora de los pueblos, para cuyo provecho debe salir siempre que la justicia padezca eclipses y la bondad sufra reveses, espléndida y desnuda sobre un potro de rebeldías. Sí, desnuda y animosa sobre brioso corcel. Y que nadie le haga sacrificio ninguno. Que nadie cierre las ventanas de su casa, cuando pase altiva y radiosa en su cabalgadura de truenos y relámpagos.

MARIO SANCHO

Lea el 'Boletín Bibliográfico' No. 6 de la última página. Le interesa.